

UNA NUEVA DOCTRINA BREZHNEV

Claudio Collados Núñez *



Durante el largo período de la ya superada Guerra Fría entre EE.UU. y la URSS, hubo lapsos de peligrosa confrontación y otros de relativa distensión; estos últi-

mos retrotraían la atención política de las dos potencias hacia sus respectivos ámbitos de dominación ideológica, concentrándose en ordenar la casa.

Así ocurrió, por ejemplo, luego de la confrontación por los misiles en Cuba, que dio paso a una etapa de acercamiento relativo en la cual ambas superpotencias minimizaban ciertos comportamientos del adversario que, en otras circunstancias, los habrían llevado al borde del conflicto abierto.

En dicha etapa de la relación entre ambos polos de poder, la URSS se sintió con suficiente libertad de acción para regular el comportamiento de los estados insertos en su área de control y, para tales efectos, desarrolló la "doctrina Brezhnev", llamada así por el jerarca soviético de la época.

Esta doctrina consistía en exigir la vigencia de la "solidaridad socialista internacional", según la cual a cada estado comunista le cabía intervenir, incluso con fuerza armada, en los asuntos internos de otro miembro de la cofradía soviética, si se observaba -a juicio del Partido Comunista de

la URSS- que estaba en peligro allí la mantención de un régimen político marxista. El cumplimiento efectivo de dicha doctrina quedaba determinado por la capacidad real de intervención, en lo que incidía tanto el poderío militar del interviniente como su proximidad territorial al Estado en peligro de perder su vocación comunista.

Un empleo clásico de esta doctrina fue la ocupación militar de Checoslovaquia por la URSS, para aplastar por la fuerza la llamada "primavera de Praga", el intento de su gobernante Dubcek de liberalizar, en alguna medida, el marxismo imperante en ese país.

Esta doctrina y su aplicación práctica produjeron gran escándalo en Occidente, tanto por su contenido avasallante como por la forma inflexible y desvergonzada con que se aplicó.

EE.UU., por su parte, hacía lo propio, aunque sin los rigores del método soviético. Eligió el camino diplomático y ejerció su control político mediante pactos regionales, como la OTAN, el TIAR, el CENTO, la SEATO y similares, a través de los cuales mantuvo cohesionado y relativamente sumiso al mundo occidental, siendo Africa, tal vez, el área menos dócil y más proclive a aprovechar los vaivenes de la competición inter-polos.

Luego de cuarenta años, con la caída del Muro de Berlín, se dio por superada la Guerra Fría entre EE.UU. y la URSS, situación que a la postre significó la disolución de dicha

* Capitán de Navío IM. Oficial de Estado Mayor. Magno Colaborador, desde 1982.

potencia comunista y de su imperio político-ideológico y la consolidación indiscutida de la preeminencia mundial de la superpotencia estadounidense.

Junto a la anterior conmoción política internacional, se ha considerado que tal suceso también significó el descrédito de la cosmovisión marxista y muy particularmente, de su componente socio-económica más típica: la planificación centralizada, alzándose como fórmula de general aceptación la economía de mercado, preferentemente en su variante social de mercado, concepto más aceptable para los países marginales y sobrepoblados, generalmente de menor desarrollo relativo.

También surgió, con inusitada vehemencia, una inflexible condena al modo dictatorial de conducción política, que en el período de la Guerra Fría no concitó tan fuerte repulsa. Es así como ahora se eleva a la categoría de dogma político el sistema democrático liberal en la modalidad occidental, muy ligada a la experiencia y lineamientos anglosajones.

Tan rotundos llegaron a ser estos consensos, que un pensador ultraliberal se permitió afirmar que había llegado el fin de la historia, entendiéndolo como la imposibilidad de generar alguna alternativa a este orden de cosas, pues ya no habría camino que recorrer por haberse alcanzado la cumbre del pensamiento político-económico, cuya evolución había sido el hilo conductor de la marcha de los pueblos desde la prehistoria.

A poco andar, se hizo evidente que tanta inmovilidad conceptual no podía sostenerse y que había mucho de soberbia en quienes plantearon tal teoría y poco sentido común en quienes la respaldaron tan entusiastamente. Es así como un factor que había tenido escasa consideración por los adalides de esa exquisita elucubración reduccionista de la vida en comunidad, el aspecto social en general y su faceta cultural en particular, se hizo presente con la enorme gravitación que le es propia.

Así, este poderoso factor socio-cultural, se instaló como protagonista en los esquemas de un ordenamiento mundial, situándose con ventaja por sobre las rígidas estructuras políticas y sus uniformes procesos de conducción y más allá del estricto apego a burdos índices estadísticos de prosperidad económica; en esta nueva perspectiva se privilegia una visión que respete los rasgos esenciales propios de cada grupo y lugar, cuyos valores culturales profundamente enraizados sean los que orientan en cada caso la convivencia de los pueblos y definan los parámetros de su calidad de vida.

Es así como otro pensador occidental, más humano y menos soberbio que el anterior, plantea un diferente devenir para la comunidad humana. Vislumbra un mundo que no es de contemplación paradisiaca desde la meseta en que ha culminado definitivamente el camino recorrido, sino uno que retiene el carácter conflictivo que ha tenido la historia desde el principio de los tiempos; en esta nueva confrontación, la esencia del conflicto está en el enfrentamiento de las civilizaciones.

Esta cosmovisión de índole cultural enfatiza la vigencia inexcusable del orden social como sustento de toda estructura política y sistema económico. Con ella, el pensamiento político vuelve a posarse en tierra presentando un nuevo escenario mundial en el que la superpotencia y poderes adlátere advierten, casi con incredulidad, que, pese a todo lo avanzado, aún persisten en el horizonte negros y amenazantes nubarrones.

De la correspondiente reapreciación de la situación, han surgido claros pronunciamientos e incluso drásticas decisiones que revelan la creciente preocupación del polo dominante mundial ante el aumento de casos que, en su persistencia y diversidad, revelan que las fuerzas dinámicas impulsadas por el despertar de los pueblos y que habían sido mantenidas latentes durante la anterior Guerra Fría, se muestran ahora emergentes, enfrentando la progresiva pretensión político-ideológica del polo dominante



El 9 de noviembre de 1989, se inicia el derribo del Muro de Berlín.

de imponer sistemas, regímenes y personeros de gobierno, sobre la base de interpretaciones particulares respecto de valores generales de comportamiento social.

Ya no es el comunismo, definitivamente muerto aunque no enterrado, que fuere su polo opuesto por casi medio siglo al menos, sino las ancestrales percepciones colectivas de cada pueblo, redivivas por la insostenible imposición de cánones universales de conducta política y el creciente desequilibrio económico, legitimadas por el palio alucinante de la globalización.

Su adversario actual es mucho menos estructurado que el anterior y se presenta en forma dispersa y a escala casi irrelevante para el poder dominante, pero, así y todo, genera tal inestabilidad que conmueve hasta sus raíces las estructuras de poder de la oligarquía internacional y la obliga a esfuerzos que le son doblemente ingratos, tanto porque le crea grietas en su propio núcleo como por aguarle la fiesta cuando más segura estaba de su triunfo arrollador.

Así, algo confusos al principio; desorientados luego por las variadas formas en que surgen las amenazas; urgidos finalmente por la proliferación de casos sin solución, los poderes hegemónicos deciden neutralizar, cueste lo que costare, cualquier foco de inestabilidad.

Se ataca al terrorismo, aherrrojando a ciertos Estados señalados como patrocinadores; concentrando sus dardos en los áre-

bes y en Norcorea. Se enfrenta a la producción de drogas y al narcotráfico, sean de origen turco, birmano o latinoamericano; su responsabilidad como polo consumidor se asume sólo retóricamente. Se descalabra el tráfico de armas, particularmente el mercado negro surgido en Europa oriental, entre los escombros del Pacto de Varsovia. Se ahoga todo intento de proliferación de armas de destrucción masiva, sean nucleares, químicas o biológicas, cuando ello ocurre en Estados incómodos frente al poder del polo; se ataca draconianamente a Irak y ostensiblemente a Irán; con mayor cautela a Norcorea, India y Pakistán.

Paralelamente, se descalifica al autoritarismo, no sólo el presente sino también el de ayer, de modo que nunca pueda intentar utilizarse como estilo de gobierno. Para ello se ridiculiza a quienes hayan manejado con excesiva firmeza las riendas del poder, situación muchas veces tolerada por conveniencia, durante su desarrollo, por la propia oligarquía internacional. También caen bajo este mismo rasero y son igualmente denigrados aquellos otros que, urgidos por una trágica situación de caos político o subdesarrollo económico-social, asumieron en sus Estados la dura responsabilidad de sacar del pantano a su pueblo y elevar su calidad de vida, sobrellevando con dignidad su transitoria precariedad.

En este sentido, se hace una condena explícita y reiterada de todos los autoritarismos actuales de cualquier signo, buscando disponer a nivel mundial de una anuencia tácita, irrestricta y permanente para atacarlos, en derecho o de hecho, sin específica justificación; se exceptúa de tanto rigor, claro está, a Estados cuya reacción desestabilizaría al planeta, como China, por ejemplo. De igual manera caen en el oprobio general todas las dictaduras pasadas, particularmente las orientadas por ideologías racistas, que reciben la máxima reprobación, no así las marxistas que, por su fracaso, hoy

se las critica con menos dureza, para no herir susceptibilidades y facilitar la reconversión democrática de sus pueblos. Mucho más duro es el juicio frente a las protagonizadas por militares, cuyas actuaciones se perfilan, en términos no siempre objetivos, como intrínsecamente inhumanas, a fin de lograr su indefinida proscripción e impedir de raíz toda posible rehabilitación histórica.

Se castiga aquí y acullá; se utilizan sanciones económicas, a Cuba, Myanmar y tantos otros; se interviene militarmente en Somalia para desplazar a los Señores de la Guerra, en Yugoslavia para doblegar al gobierno de Serbia, en Kosovo para respaldar su autonomía sin llegar a la independencia, en Chechenia para negar su independencia y en Timor Oriental para afirmarla, desplegando una abismante falta de coherencia; se clasifica y desclasifica Estados latinoamericanos, según su comportamiento en cuanto a drogas; se impone restricciones aéreas, en Libia y en Irak; se ataca con misiles de largo alcance, por simple sospecha, a Sudán y Afganistán. Se sataniza a Hitler, Mussolini, Stalin, Mao, Kim Il Sung, Jomeini, Hussein, Stroessner, Galtieri y Pinochet. En fin, con los actores nacionales en ejercicio del poder, se juega al gato y al ratón, y a los históricos se les somete a un juicio implacable, incluso con enseañamiento.

En Yugoslavia, destapada la caja de pandora, no es posible controlar el caos surgiendo sino con sucesivas y crecientes operaciones militares que buscan instaurar el nuevo orden. Lastimosamente, sólo consiguen humillar, con duros atropellos a los derechos humanos, a los pueblos originarios, que alternan huidas precipitadas con ocupaciones compulsivas y aventurados exilios con retornos temerosos. A fin de cuentas, se logra reubicar comunidades enteras, más cohesionadas que nunca en términos étnicos, enfrentándose entre sí tanto o más duramente que antes, por haber trocado rivalidades en odios. Lo más dramático es que luego de tanto sacrificio, se logró justamente lo contrario de lo propuesto por tan insensible intervención.

En este esfuerzo descomunal, el alto polo dominante ha puesto el dinero y ha experimentado con escasa conciencia moral esa compleja tecnología bélica que le permite aplastar sin siquiera el riesgo de una simple baja en sus olímpicas falanges de ciudadanos en uniforme. Logrado el colapso por la demolición de las estructuras económicas y urbanas, los Estados europeos, segundos en la línea de acción, asumen mayoritariamente labores de ocupación, hasta que el mayor riesgo o el tedio determinen su relevo por fuerzas de seguridad del Tercer Mundo, ávidas de consideración internacional y de estipendios inalcanzables en su tierra natal.

Todo un proyecto de dominación a la romana, que instala Pilatos junto a Herodes y con ellos, respectivamente, sus Legiones y sus Sanedrines.

De hecho, la Judea balcánica es la sinopsis del nuevo y apoteósico film a estrenarse con gran éxito de taquilla en el nuevo milenio: "Universal Empire".

No obstante, es evidente que con tan persistente difamación de hechos históricos y tanta desproporción entre el palo y la zanahoria en la manipulación internacional, a la larga se pierde prestigio. No todo lo cubre el formidable despliegue comunicacional que les permite el incontrarrestable dominio de la prensa internacional y en base al cual, a través del control de la imagen, pueden condenar a otros y perdonarse a sí mismos.

Queda al descubierto que, ante el sesgo pernicioso de esta sostenida pérdida de estatura moral, tal manipulación no es suficiente; para superar este difícil escollo se va gestando en el seno de la dirigencia mundial la búsqueda de una concepción ideológica que les permita frenar dicho descrédito y recuperar la legitimidad dilapidada.

De tanto discurrir, por fin han llegado a intuir que tras esos horribles comportamientos tan duramente sancionados, como el terrorismo, el autoritarismo o el armamentismo, normalmente hay una gran causa, que



Agosto de 1991. Caída de la estatua de Lenin, asistida por el pueblo ruso.

no es otra que el nacionalismo, esa ideología a su juicio anacrónica frente al curso ascendente del progreso universal, devenida para ellos en una lacra que por el bien de los pueblos es necesario erradicar de la faz de la tierra.

En base a lo anterior, se procede a impulsar, con el concurso de muchas y selectas capacidades disponibles, una maniobra propagandística que les permitirá batir todos estos blancos dispersos, homogeneizándolos en base a ese marcado sesgo nacionalista que le asignan como rasgo ignominioso que les es común.

Las etapas de esa maniobra estarán dadas por metas sucesivas; primero, asociar el nacionalismo a las nefandas orientaciones de los dictadores más totalitarios: cesarismo, absolutismo, bonapartismo, stalinismo, nacismo, fascismo; segundo, vincularlo a las

graves crisis del sistema internacional: guerras religiosas, guerras de independencia, guerras territorialistas; tercero, relacionarlo con las más indignantes transgresiones al derecho humanitario, como las prácticas esclavistas, las proscripciones religiosas, las persecuciones xenofóbicas y las limpiezas étnicas; cuarto, condenarlo, como una ideología perversa que hay que detestrar por ser inaceptable al espíritu civilizado; como última etapa, descalificar a sus seguidores y negarles toda consideración política y toda influencia social, para así, presumiblemente, salvar a la humanidad.

De este modo, finalmente, el nacionalismo es presentado por el polo hegemónico como el chivo expiatorio de sus culpas imperialistas y como excusa de sus voceadas campañas de liberación de los pueblos oprimidos por abyectos dictadores, reyezuelos o ayatollahs, todos fervientes nacionalistas, quienes, ebrios de poder y con engaño diabólico, han desviado la ruta de sus comunidades hacia irracionales objetivos raciales y territoriales, con menoscabo de la estabilidad y seguridad mundial.

La parafernalia comunicacional dominante pareciera decir: "Ha llegado la hora en que nos toca como fuerzas del bien, llevar por todos los rumbos la llama de la libertad". Y esperan que surja estentóreo el coro de los agradecidos rescatados: "El ángel liberador está ad portas! Hosanna! Aleluya!"

Esta nueva doctrina Brezhnev, que en su versión original llamara a escándalo a Occidente, hoy se presenta delicadamente embellecida con las mejores pelucas de Londres, los perfumes de París y las joyas de Roma, teniendo como guirnalda a los emblemáticos claveles de Madrid, los tilos de Berlín y los cerezos de Washington. Con tales galas se pasea ufana por Europa y quien sabe si no se apresta para iniciar en breve otras excursiones planetarias, incluyendo cruceros al Caribe, safaris al Africa, caravanas al Medio Oriente, escalamientos al Himalaya, expediciones al Amazonas o pesca de perlas en el Mar del Coral.



*Leonid Brezhnev,
ex Premier soviético.*

El hecho es que estamos avisados.

Los Estados como el nuestro, que han nacido a la vida internacional por la fuerza de su carácter nacional y han seguido templándolo en la forja de su propia cultura, mestiza y ecléctica y en el yunque de la solidaridad con sus pares frente

a los desafíos del inclemente territorio así como en los riesgos propios de alguna díscola vecindad, ¿deben renunciar a sus valores distintivos, abominar de su pasado y renegar de sus convicciones?

Impensable opción.

Lo cierto es que esta campaña mundial contra el nacionalismo -al que siempre ha sido tan fácil tildar de extremo, exagerado, patriotero, chauvinista, sin dejar margen alguno para otro adjetivo que lo hiciere de algún modo aceptable- es llevada a cabo, desde el exterior y en el interior de los Estados, por fuerzas universalistas, de carácter político, económico o religioso, conducidas por la vanguardia de la intelectualidad, todas las cuales combinan sus influencias para descalabrarlo en su estructura conceptual y en su vigencia real a lo ancho y largo del mundo. Es muy posible que tal empeño encuentre grietas en la fachada o en la estructura cultural de cada pueblo y por ellas intente golpear y erosionar los pilares de su ser nacional. Además de posible, es muy probable que lo logre si los Estados descuidan reforzar los rasgos propios de su cultura y en su negligencia dejan espacio para las sutiles insidias de tan preclaros y contumaces promotores del Estado universal.

Pocos intuyen que, si tal descuido no ocurre, cada uno de los Estados amenazados dispondrá de la suficiente solidez en su infraestructura como nación, para evitar ser afectado seriamente por esos sibilinos ataques disociadores, orquestados por la

cúpula del poder mundial, a cuyo carro intervencionista se ha subido, tras titubeos formalistas, la misma ONU, otrora liza política que intentaba neutralizar los dislates irresponsables del poder hegemónico y ahora se aviene a ser simple mecanismo para ratificar, obsecuentemente, los dictados del hermano mayor. Por mucho que tales embesitadas pretendan corroer los bastiones de estos abigarrados pero genuinos actores nacionales pertenecientes a variadas vertientes culturales que, por serles extrañas, la alta jerarquía mundial ha decidido demoler para luego reconstruir según su propio diseño, ello no le será fácil.

El nacionalismo es bastante más que una simple ideología al servicio de intereses espurios como lo es el imperialismo y también mucho más que la entelequia del universalismo, una simple especulación que sus soberbios propiciadores impulsan sin mayor respeto por los reales derechos humanos. Su fortaleza reside en que sus motivaciones no se generan en visiones intelectualizadas de sociedades por construir que se articulan artificiosamente para satisfacer a elites voluntaristas, sino que se nutre del espíritu nacional, connatural al espíritu gregario y asociativo del hombre, profundamente inserto en la cosmovisión de cada individuo, al que le provee un espacio cultural que le es claramente autorreferente.

Mientras las naciones sigan siendo comunidades humanas fuertemente cohesionadas por su cultura, el nacionalismo, con su capacidad de adaptación a las realidades surgidas de la más estrecha intercomunicación de los pueblos de similar origen y prolongados vínculos de vecindad, constituye una realidad prácticamente indestructible, por lo menos durante el prolongado período que aún le resta a la era del Estado-Nación, que está, en sus dimensiones históricas, apenas entrando a la etapa de su madurez, a pesar de los múltiples certificados de su defunción que circulan por los ateneos del mundo, encandilados por el modelo "individuo-internet", paradigma de un futuro que pri-

vilegiará las relaciones a distancia y arrasará con todo tipo de frontera y de control social.

No obstante, la realidad indica que vencer frontalmente al predominio popular nacionalista implica una meta autonegada; si se busca desacreditar a algún Estado en particular, atacando la forma y contenido de su realidad, se tendrá que compeler hasta el límite a su espíritu nacional, el que, por ser naturalmente insumiso, rechazará tal compresión; si, para doblegar su resistencia se le ataca aún más a fondo, sólo se logrará forzarlo hasta un punto de explosión, cuya conmoción alertará en particular a los Estados congéneres siempre alertas a los avatares propios de la asimetría internacional, concitando la répulsa general y el apresto de los demás Estados potencialmente amenazados para asumir, individual o colectivamente, una resistencia puntual o generalizada. Así, al desbaratar sucesivamente cada caso de este empeño imperial, el nacionalismo pervivirá sin mengua, antes bien, fortalecido; luego de cada ataque, quedará anímicamente mejor dispuesto para una próxima agresión, desde donde quiera que ella se produzca.

Si, en cambio, se piensa debilitarlo progresivamente, maniobrando para evitar reacciones rupturistas, está por verse si el canto de sirenas de un pragmatismo disoluto, instrumento preferido del polo dominante, logra hacer aceptable el canje de una genuina personalidad nacional por un dudoso y prosaico bienestar material. Es un fracaso anunciado pretender una suerte de trueque fáustico bajo la fórmula: cedan su alma de nación tenaz a cambio de servir al ídolo hedonista, que les conferirá el permanente deleite de los sentidos; si no aceptan, verán sus existencias reducidas a cenizas por no haberse sometido al dopaje cultural del nuevo Leviatán universal. Al revés de lo propuesto, el espíritu nacional, repotenciado por el nefando acoso a su pueblo, realimentará con mayor ímpetu esa fuerza vital que ha custodiado por siglos sus perfiles atávicos y ha venido internalizando con volun-

tad decidida sus rasgos adquiridos. Tal fortaleza renovada prevalecerá sobre el polo imperialista, pese a que, aparentemente lo tiene todo a su favor: poder económico, militar, comunicacional, científico y tecnológico.

El mundo nacional, precisamente por ser nacional, no es propiamente un polo, sino una constelación. Por tal razón, es un actor disperso en la liza internacional; cuando más, cada uno cuenta con sus rasgos culturales que enfatizan la independencia, la soberanía y la libertad. A ello suma su espíritu de cuerpo, la solidaridad interna y la autenticidad; caracteres que refuerzan su acerada resistencia a la imposición externa e incrementan su capacidad de acción.

Su debilidad es su tendencia centrípea, que busca motivación y energía en su propio núcleo valórico y tiene renuencia, aunque no rechazo, a compromisos colectivos enajenantes; por lo mismo, puede ser bati-do en detalle.

No obstante, hay mucho espacio para maniobrar en términos de consensos sobre amenazas comunes que es posible neutralizar cooperativamente; también hay campo para reacciones solidarias entre pares que, en su mutuo apoyo, pueden adquirir potencialidades capaces de enfrentar con éxito al adversario superior, particularmente en aquellas áreas de acción que aparezcan favorables, para cuya elección mucho ayudará el abanico de opciones que ofrecen los variados escenarios que conforman la gran diversidad de las naciones. Siendo naturalmente islas, las naciones pequeñas tienden a formar archipiélagos.

En abstracto, cabe considerar que el grosero antihumanismo que está en el substrato del imperialismo militante es el pie de barro de este gigante de acero, que lo hará caer por tierra en cuanto su reiterada tendencia a la aniquilación, en la inevitable expansión de su rudeza, reduzca, por fuera y por dentro, la base de sustentación de su sistema de dominación.

En lo concreto, aunque el polo domi-

nante disfrace su accionar con el discurso de una gesta salvadora, nada podrá ocultar su intención avasalladora que pretende subyugar a los pueblos para imponerles un modelo de sociedad que, por similitud formal con la suya, entiende que le favorecerá indefinidamente. Tal concepción triunfalista se apoya en que sus miembros tienen la calidad de actores primigenios del sistema y la de ser quienes, naturalmente, no sólo diseñaron el modelo sino que poseen de suyo el acervo operativo generado históricamente; por si fuera poco, arguyen cínicamente que triunfarán sin duda alguna, porque ocupan desde antiguo las dominantes posiciones de control, haciendo su hegemonía prácticamente irreversible.

En su insania, se alzan como una nueva Medusa que cuenta con su sanguinario talante para provocar pánico y así vencer; se olvidan de Perseo que le cercenó su cuello y de cuya sangre surgió el libre y alado Pegaso. Así el nacionalismo, que no es la aberración dogmática que el imperialismo proclama, sabrá encontrar, sin desnaturalizar su propia esencia, seguros caminos de agrupamiento y cohesión entre pares y con tal fuerza solidaria potenciar su resistencia e ir mellando, caso a caso, el efecto de esos descomunales mandobles de los superpoderes proclives al conjuro de la intervención, que hieren la carne pero no abaten el espíritu.

Por eso, aun cuando el imperialismo, con sus golpes demoledores y con la disuasión que tales oprobios ejercen sobre las siguientes nuevas víctimas de su irrefrenable expansionismo, pueda ocupar el territorio y controlar la economía de cada Estado-Objetivo conquistado, no por ello logrará satisfacer sus aviesas intenciones de instaurar por la fuerza su paradigma político-cultural, ni mucho menos, concretar sus ilusas pretensiones de conquistar las mentes y, aún más, los corazones de sus altivos oponentes.

Frente a esta desigual contienda, que se plantea esencialmente en el campo de las ideas, cabe alertar a los espíritus propensos a rodear con matices filantrópicos y con

perfiles románticos al acontecer histórico, para que escruten los equívocos bocetos hábilmente presentados por los turbios intereses hegemónicos, que dan a sus inconsistentes escenarios visos de atractiva realidad. Nadie puede caer en el garlito y luego llamarse a engaño.

Hay que tener muy presente que este nacionalismo que hoy se enfrenta a las grandes fuerzas dominadoras de la escena internacional, no es ése que sus detractores universalistas han conceptualizado con perfiles de monstruosidad para luego descalificarlo, sino aquél -mucho más civilizado que las entidades enajenantes que se le oponen- cuyo fundamento está en la naturaleza social del hombre, la que le exige pertenecer a un ámbito de relación a escala humana, para lo cual impulsa la creación y sustentación de un habitat territorial, poblacional y cultural en el cual le es fácil y grato desarrollarse y realizarse como persona.

Por esto mismo, es de la esencia de este nacionalismo auténtico la ausencia de toda pretensión de imponer a otros, compulsivamente, sus formas de vida y sus valores fundamentales. Antes bien, abre sus puertas y acoge con cordialidad a cuantos emigrantes llegan voluntariamente a su seno, dispuestos a insertarse positivamente en su sociedad, potenciándola y enriqueciéndola.



Estados Unidos es la única potencia con capacidad de liderazgo mundial, tanto en el ámbito estratégico como económico.

Lo que sí es cierto -principal factor que atemoriza a sus oponentes- es la solidez de su formidable fortaleza espiritual que le permite enfrentar incólume a sus desvergonzados agresores, frente a cuyas amenazas y atropellos hace prevalecer siempre su permanente decisión de preservar a toda costa el acervo cultural y patrimonial de la nación y, por

sobre todo, los rasgos distintivos y los atributos inalienables de la identidad nacional.

Todo lo anterior nos lleva a constatar que la tenebrosa Doctrina Brezhnev, sutilmente rediviva, nos está rondando con su repudiable espíritu imperial; otros actores, mismas intenciones; enfrentémoslos con decisión, templando nuestra fortaleza nacional.

Reconozcamos la esencia de nuestro ser. Nuestra cultura es mestiza y ecléctica. Nuestra raíz mestiza nos marca indeleblemente y nos provee el substrato de nuestra identidad nacional. Frente a los rasgos más atrayentes de otras culturas que hoy desde tantas direcciones y con tanta profusión nos asedian, un eclecticismo bien entendido nos obliga a evaluar muy seriamente la existencia de una mínima concordancia entre ellos y los caracteres esenciales de nuestra idiosincrasia.

Sólo así podremos evitar no sólo pequeñas trizaduras que debiliten nuestra periferia cultural, desuniendo al cuerpo social, sino contradicciones más profundas que puedan llegar a producir una dislocación total del núcleo cultural, generando un quiebre insuperable que provoque la escisión de la nación.

Para lograr lo anterior, junto con abrirnos selectivamente a la influencia foránea, abramos las compuertas al torrente tumultuoso de nuestras percepciones históricas, ateniéndonos a su más consciente interpretación; en base a ellas, forjemos la médula de nuestra vocación nacional y mantengámosla incólume hasta tanto nuevas percepciones genuinamente propias nos impulsen a modificarla. Sepamos ser leales

a nuestras convicciones, sin sentirnos ahrojados por ellas, pero sin cambiar presurosos, tampoco, sus valores fundamentales.

Respondamos al compromiso histórico con nuestra nación, sin amilanarnos porque nos tilden de provincianos, parroquiales o pueblerinos. Nadie puede modelarnos a su amaño, salvo nuestra propia cultura; en nosotros está que esa cultura sea sabia o no; evitemos que por simple snobismo ella nos aleje de nuestra realidad histórica, que es la que nos ha enseñado, a veces a golpes, saber apreciar el ámbito territorial, mucho del cual se nos ha ido entre los dedos, así como nos ha hecho reconocer, también, la necesidad de reforzar nuestra urdimbre social, para lograr, día a día, el sublime goce de sentirnos parte activa de nuestro rico acervo cultural.

La fortaleza que de ello se desprende nos hará una nación sólida, próspera, acogedora, apreciada y respetada.

Tengamos confianza en lo que somos y en lo que disponemos.

Sin menoscabar nuestra condición de país gratamente unido a la comunidad internacional en calidad de miembro activo, pacífico y solidario, sepamos fortalecer nuestra identidad, y con ella avanzar cohesionados hacia un bienestar compartido y a la vez, contribuir con dignidad a la marcha de la humanidad.

Si así procedemos, disfrutaremos de una vida plena en el seno de nuestra nación y, a través de ella, participaremos de los avances de la comunidad internacional, sin riesgo de convertirnos en unos intrusos en mundos ajenos y en unos extraños en nuestra propia heredad.

* * *